

Nelly Richard (Revista de Crítica Cultural)

La crítica de la memoria

Resumen

El arresto de Augusto Pinochet, ex comandante en Jefe de la Junta Militar chilena, en 1998, colocó sobre las escena social la memoria sobre los hechos y conflictos de la dictadura como zona de enunciación política, de performatividad mediática y de intervención callejera. Todo lo cual reta y fractura, según Nelly Richard, el consenso democrático organizado por la Transición sobre la base de la disolución de lo político-ideológico desde la gratificación consumista del mercado. Richard reflexiona sobre los lenguajes que el arte, la literatura y la crítica cultural debe poner en práctica para tomar partido entre la tensión entre memoria y desmemoria y, de este modo, seguir desatando guerras de interpretación en torno a los significados y usos del recuerdo dentro de los procesos de redemocratización política y cultural.

Palabras clave: memoria, postdictadura chilena, crítica cultural, mercado, ciencias sociales.

Abstracts

The Criticism of Memory

Pinochet's arrest in 1998 placed within the social scenario the memory of the conflicts, which occurred during the dictatorship. In this light, the memory became the zone for political speech, mediating activity, and street demonstrations. This fact challenged and split up the democratic consensus organized by the Transition on the basis of dissolution of the politico and ideological and the within the consumer market. Nelly Richard reflects on the languages that Art, Literature and Cultural Criticism should be using in order to take sides between memory and oblivion and, therefore, to continue to untie interpretative wars around meanings and uses of memory within the processes of political and cultural democratization.

Key Words: Memory, Chilean Post-dictatorship, Cultural Criticism, Marketing, Social Sciences.

Quisiera evocar el contexto de los años de la Transición en Chile para localizar esta reflexión sobre los desafíos de una práctica crítico-intelectual vinculada a la problemática de la memoria. Está, por un lado, el problema de saber cómo tramar una *memoria crítica*; una memoria que sea capaz de oponerse al desgaste, a la borradura del recuerdo que sumerge el pasado en la indiferencia o bien que neutraliza sus conflictos de voces tras el formalismo (y formulismo) político de una cita meramente institucional. Pero, también, está la necesidad de una *crítica de la memoria* que, vigilante, sospeche de la abusiva comercialización del drama a cargo de relatos sensacionalistas o, simplemente, negligentes. *Memoria crítica* y *crítica de la memoria* son los recursos que la práctica intelectual debe movilizar para seguir desatando *guerras de interpretación* en torno a los significados y los usos del recuerdo. De no hacerlo, o bien se anestesia la sensibilidad del presente o bien se ritualiza el pasado en simples conmemoraciones oficiales.

El escenario de la Transición

De acuerdo con sus analistas oficiales, la palabra “Transición” nombra el proceso que, en Chile, se inicia históricamente con el gobierno de Patricio Aylwin, después del plebiscito de 1988 que puso fin a la dictadura militar. Esta es la fecha que prevalece, oficialmente, como señal de un corte nítido que cierra un período y reabre otro. Pero lo cierto es que, en una de sus dimensiones, que es más de *continuidad* que de *corte* o *ruptura*, lo que hace la Transición en Chile es re-agenciar transformaciones ya realizadas por la dictadura y su implementación neoliberal de una economía de mercado. José Joaquín Brunner ha comentado, en su libro sobre la cultura autoritaria, que la dictadura militar en Chile, para dinamizar su gestión modernizadora, ocupó tres medios de control: la “represión”, el “mercado” y la “televisión”. De ser así, lo que hizo la Transición chilena es reconjugar dos de ellos: el “mercado” y la “televisión”, como instrumentos que había usado el totalitarismo para disolver lo *político-ideológico* (como volumen y conflicto) en la serie —plana— de lo *técnico* y lo *mediático*. Quizás sea el hecho de recurrir a estos dos mismos instrumentos de disciplinamiento de las subjetividades sociales que había ya ocupado la dictadura (el mercado y la televisión) lo que explique el carácter más gradual que brusco, el “gradualismo relativamente moderado” (Brunner) de la Transición chilena. El engranaje neoliberal del mercado y sus proyecciones mediáticas fueron los encargados, durante la Transición, de desplegar la serie “mercancía” como horizonte de gratificación consumista para hacer olvidar la humillación de los cuerpos dañados por la violencia de la tortura y la desaparición.

Mercado y *consenso* son los dos artificios que diseña la Transición chilena para homogeneizar lo social. El consenso político buscó conjurar el fantasma de la polarización ideológica ligada al recuerdo de los extremos. Su tarea fue la de neutralizar las fuerzas en disputa, forzando la unanimidad de las voces —vía transacciones y nego-

ciaciones— en torno al “centrismo” del término medio que debía equilibrar a la “democracia de los acuerdos”. Las consignas oficiales de la ponderación, de la moderación y de la resignación (“Justicia en la medida de lo posible”, dice Aylwin) fijan los límites de un *realismo democrático* que debe cuidarse de que ningún descalabro de sentido, ninguna estridencia de voz altere el trazado regular de sus pactos de entendimiento. Durante los años de la Transición, la mecanización del Consenso sometió lo político (sus conflictos, sus indeterminaciones, sus antagonismos) a una especie de *rutina de lo programable* basados en criterios técnicos de administración de lo social. El libreto del Consenso debió rebajar el tono y la intensidad del reclamo ético en torno al escándalo de la violación de los derechos humanos, para que no entrara en disonancia de registros con el formulismo de su pacto institucional. No podían romper el molde del acuerdo ni la furia ni la indignación de las víctimas, por mucho que ellas se negaran a aceptar que el anonimato de la culpa fuese el precio a pagar como indecente tributo al milagro neoliberal.

Durante los años de la Transición, el peso equilibrante del consenso reprimió la heterogeneidad conflictiva y disidente de lo social (sus tumultos de voces) hasta que, bruscamente, ocurrió el sorpresivo arresto del ex comandante en Jefe de la Junta Militar, en Londres, en 1998. El caso Pinochet —la noticia de su detención y captura internacional— hizo estallar la zona de acumulación de lo “no-dicho”, en cuyo silencio se habían depositado las frustraciones de las víctimas de la historia. El arresto de Pinochet provocó un espectacular “retorno de lo reprimido” que colocó bruscamente a la memoria en escena: la memoria como zona de *enunciación política*, de *performatividad mediática* y de *intervención callejera*. El sorpresivo arresto internacional de Pinochet desestabilizó toda la lógica de cálculos con que la Transición había bloqueado el trabajo activo de la memoria en nombre de la prudencia; una prudencia hecha de minuciosas estrategias de ocultación del conflicto que habían sido pactadas con los guardianes uniformados del secreto militar. La vehemencia de las reacciones callejeras causada por la noticia del arresto de Pinochet, denunció la artificialidad de un Consenso que había expulsado de su base de acuerdos (tramada en los pasillos de la burocracia política) todo lo que excedía y cuestionaba el lenguaje institucional de su política administrativa. Gracias a la noticia de la captura internacional de Pinochet, pudieron diseminarse, a lo largo y ancho de la calle y de la pantalla, los múltiples *flujos de expresividad contestataria* que habían querido censurar las políticas comunicativas y audiovisuales de la Concertación. En efecto, durante los años de la Transición, el libreto televisivo de la política chilena se encargó de montar un *espectáculo de la reconciliación* que dejó a las víctimas de la historia (a las víctimas con historia(s)) sin referencia ni identificación compartidas. La televisión chilena expulsó de sus pantallas el relato sobresaltado de las narraciones biográficas dislocadas por la violencia militar, para que sus heridas no echaran a perder el brillo cosmético de los cuerpos publicitarios. El ideal de “sociedad transparente” (Vattimo) que la *tecnicidad operacional de los medios* proyectó sobre el escenario de la

postdictadura, debió camuflar mutilaciones y cicatrices tras la máscara de una imagen plana, una imagen *sin huellas ni sombras*: la perfecta imagen que cultivan el mercado de los estilos y su barrido consumista.

Consenso, memoria y mercado: la fórmula instrumentalizadora del consenso redujo *lo político* (sus disputas y sus antagonismos de poder) al ejercicio técnico-administrativo de *la política*. Mientras tanto el frenesí neoliberal se dedicó a festejar lo diverso y lo cambiante como *estrategias de lo fugaz*, de lo transitorio, que disuелven —electrónicamente— la memorialidad de las huellas. Entre medio de tantas borraduras, de tantas desintensificaciones del recuerdo histórico, ¿a qué lenguajes de la crítica recurrir para tomar partido en la tensión entre memoria y desmemoria?

Saberes normalizadores y crítica estética

Hay un efecto normalizador que las discursividades transicionales dejaron caer sobre la postdictadura en Chile, al dejar que los saberes *tecnificados* de la política, de la economía y de la sociología, racionalizaran el vínculo entre redemocratización y neoliberalismo. Desde los tiempos de Flasco en que la Renovación Socialista ayudó a diseñar la Concertación, la sociología chilena fue ganando legitimidad disciplinaria hasta convertirse en una especie de “lengua oficial” de la Transición (se habla, incluso, de “transitología”). Varios profesionales de la sociología chilena transitaron desde los centros de estudios alternativos hacia los ministerios y las consultorías internacionales. Ese tránsito hacia el mundo de los saberes con valor de mercado ilustra el tan comentado proceso de conversión del “intelectual” en “experto”, y premia a quienes recurren a la *operatividad del dato o de la cifra* para garantizar la tecnocratización de lo social y su planificación del orden. La sociología de la Transición en Chile se encargó de recomponer parámetros de legibilidad del cambio político que pudiera sobre todo integrar los efectos de la violencia histórica a un marco de comprensión *técnicamente* adaptado a los requerimientos del mercado y del consenso. Varios saberes profesionales (los de las ciencias políticas y económicas, de las ciencias administrativas y comunicativas) se preocuparon por confeccionar *lógicas ejecutivas* que respaldaran la pragmática del acuerdo entre realismo democrático y hegemonía neoliberal. Para algunos de nosotros, la palabra “transición” va ligada no sólo al artefacto político-institucional que regularizó el tránsito entre dos períodos históricos; se asocia también a la mediación oficial de un cierto sociologismo integrado que puso sus lenguajes eficientes al servicio de la recomposición funcional —y funcionaria— de una sociedad dócil.

Fue necesario recurrir a la crítica, a la crítica de la cultura, para romper la falsa equivalencia entre estos dos términos: “postdictadura” y “transición”. Hubo que subrayar la brecha que separa, por un lado, la temporalidad irresuelta (fisurada, abismada) de la memoria en suspenso todavía contenida en el trastocador remanente que arrastra la postdictadura y, por otro lado, el diseño organizacional de una transición que conjugó la mercantilización de los signos y la consensualización de las voces para

adaptarse, *calculabilistamente*, a la “medida de lo posible”: un diseño adaptativo que borró las huellas de lo trágico, lo utópico, lo contestatario. Fue tarea de la crítica, de la crítica cultural, realzar esta brecha de no-coincidencia que, en Chile, separa la tonalidad sombría de la postdictadura (habitada por agudos conflictos de la memoria) de todo aquello que —en el léxico de los saberes dominantes (económicos, sociológicos, politológicos, comunicológicos)— designa la palabra “governabilidad”. Si “la gobernabilidad es un problema que, por definición, sólo puede ocupar a los vencedores”; si la “governabilidad” designa el *ajuste de un verosímil de la transición a los formulismos y tecnicismos políticos de la reconciliación*, sólo pueden rastrearse los agudos conflictos de la memoria en los márgenes de las disciplinas políticamente legitimadas de la Transición. Fuera de las racionalidades exitosas de la modernización y el consenso; fuera de los saberes directivos y las agendas profesionales de las ciencias político—administrativas; en las orillas más deshilvanadas de la discursividad transicional, hay trazas del desastre que no pueden ser incorporadas a los recuentos oficiales que numeran y enumeran los éxitos del Chile bien administrado. Para recoger la voz estremecida de las narrativas del desarme, tuvimos que desconfiar de los reticulados explicativos de las ciencias profesionales que expulsan de sus diagnósticos todo lo que arrastran los imaginarios heridos: lo errático, lo desintegrado y lo inconexo. Quizás sólo las constelaciones simbólicas del arte y la literatura sepan deslizar el trabajo del recordar por los *huecos de la representación*, por las *fallas del discurso social y sus lapsus*; por todo lo que entrecorta la sintaxis ordenadora de las recapitulaciones oficiales con el *fuera-de-plano* de motivos truncos, de señales difusas y visiones trizadas. Les corresponde, creo, al arte y a la literatura, a la crítica cultural, recoger los vocabularios de lo *incompleto* y de lo *fisurado* para darles el espesor valorativo que les niega los saberes lineales —reconciliadores— de la totalidad y la síntesis.

Darle volumen expresivo y realce significativo a la simbólica fisurada del recuerdo histórico (tarea que le corresponde a la crítica, al arte, a la literatura) es un modo, además, de no dejar que la reconstrucción del pasado se agote en las lógicas oficiales del *documento* o del *monumento*. El recuerdo como “documento” cumple con la objetivación de la prueba que certifica lo acontecido, pero no impide que lo “documental” se agote en la monoreferencialidad del hecho o de la descripción. El monumento, a su vez, tiende a congelar el símbolo en un bloque conmemorativo sin fisuras que reifica el pasado. El monumento y el documento tienen el mérito de convertir a la memoria en una referencia colectiva que hace de *cita* para el recuerdo público, tal como ocurre en los informes de tribunales o las placas conmemorativas. Pero la objetivación del recuerdo, su clasificación en archivos o su ritualización en monumento, corren el riesgo de proyectar la imagen estática de un pasado detenido. Para evitar esta fijeza del recuerdo, la memoria debe seleccionar y montar, recombinar, los materiales *inconclusos* del recuerdo, experimentando sin cesar nuevos enlaces fragmentarios entre sucesos y comprensiones. Lo fragmentario y lo inconcluso son modos

(benjaminianos) de honrar a las víctimas desde la crisis de la palabra y la imagen, desde los fragmentos sin pertenencia, desconciliados, que vagan en las orillas de las recomposiciones lineales del pasado. Recoger estos fragmentos evitando la juntura forzada, profundizando más bien en la desarmonía y el conflicto, en la aspereza de sus bordes, es una cuestión tanto ética como estética.

Por el lado de la estética, el arte y la literatura deben explorar las fallas del sentido, las opacidades de la representación: todo lo que el recuerdo oficial o la memoria institucional tienden a suprimir para que estos desechos rebeldes no *inquieran* su tarea de *aquietamiento* del pasado. Pero por el lado de la ética, nos espera a los intelectuales una tarea crítica que va más allá del compromiso solidario con las luchas ciudadanas en el campo de los derechos humanos; nos espera una responsabilidad que va también por el lado del lenguaje y de la representación, de los dilemas del sentido. En tiempos de cultura neoliberal, a la crítica intelectual, no le basta con *luchar contra las tecnologías del olvido* con los que la globalización mediática fabrica la borradura de la memoria. Debe, además, ser vigilante para *desmontar los promiscuos artefactos del recuerdo* que hacen circular la violencia por las redes —turbias— del éxito de mercado (documental o testimonial).

Sabemos que una de las puestas-en-relato de la memoria social que mayor capacidad de interpelación tiene, es la del testimonio. El testimonio busca reinscribir la verdad *en primera persona* de una experiencia intransferible que, como tal, puede llegar a conmover el orden de razones y hechos a través del cual el archivo y la estadística clasifican, neutralmente, los abusos. El testimonio logra forzar la atención sobre algo que la historia a menudo rechaza como simple índice residual; un índice carente de la generalidad suficiente para ser portador de una verdad incontrovertible. El testimonio pone en escena una corporización biográfica que desvía el “idioma común” de referencia colectiva de la historia hacia lo singular-personal; el testimonio consigna el residuo de ese algo improcesable cuyo accidente subjetivo desvía el orden general de las verdades objetivas del recuento histórico. Pero la improcesabilidad crítica del residuo testimonial puede, en circunstancias de mercado, llegar a comercializarse como el exceso figurativo de un horror domesticado.

El “boom” industrializado de la memoria —tal como lo llama A. Huyssen— marca el éxito editorial del género “confesiones” y sus relatos de la tortura. Este éxito nos dice que la voracidad del mercado se traga el horror *en vivo y en directo* con deleite consumista. Sabemos, además, que el acto simplemente descriptivo o presentativo de *mostrar los hechos* no es suficiente para desatar los complejos nudos del recuerdo en su dimensión más inquisita. Hay sombras de *irrepresentabilidad*, de *imrepresentabilidad*, del recuerdo que deben seguir molestando la imagen de una memoria completamente expuesta, divulgable y comunicable, por las redes del consumo informativo. Sólo así el recuerdo del horror no perderá su valor de *negatividad refractante*, en medio de tanto sensacionalismo periodístico de la verdad en bruto. A la crítica le corresponde también preocuparse de que ciertos recuerdos “intratables”

no pierdan su valor de negatividad y refracción, en medio de un paisaje de la memoria plegado a las consignas de hipervisibilidad del mercado, al flash mediático y su voyeurismo de la mirada que promueven el efectista desnudamiento del recuerdo.

Ya vimos que son complejas las tareas que le incumben a la práctica crítico-intelectual, en tiempos de postdictadura. Por un lado, hay que oponerse a los flujos de la desmemoria que, velozmente, tratan de disolver las adherencias traumáticas del pasado violento en la superficie liviana, *sin restos*, de la actualidad neoliberal. Hay que proteger los restos de la desgracia de su paso a lenguajes que insensibilicen el drama con sus palabras indemnes, sin marcas ni cicatrices, que sólo buscan tramitar —ejecutivamente— la cita del pasado para acelerar el paso entre el ayer y el hoy. Pero, a la vez, hay que salvar a la memoria de su caída melancólica en la contemplación solitaria del recuerdo y, para eso, hay que trenzar nuevamente las marcas del pasado con narrativas *en curso*: hay que llevar la crítica de la memoria a intervenir en el campo de discursos del presente para que elabore nuevas *conexiones vitales* que la alejen del punto fijo (muerto) de lo *ya sido*.

Si la transición postdictatorial ha convertido en “lugar común” la oposición —simple— entre recordar (mirar hacia el pasado) u olvidar (dar vuelta la página), le corresponde a la crítica intelectual multiplicar las preguntas en torno a los *problemas de lenguaje y representación*, de *figuración y simbolización*, de *voz y narración* que implica citar el pasado. *¿Qué recordar*: totalidad o fragmentos; monumento épico o ruinas alegóricas; construcciones ideológicas o quiebres utópicos? *¿Cómo recordar*: recurriendo a qué motivos conceptuales, a qué figuras expresivas, para tramar cuáles relaciones entre descomposición y recomposición del sentido? *¿Para qué recordar*: para ingresar la memoria del pasado a las rutinas de comprensión oficiales o bien, al contrario, para abrir huecos y perforaciones que rompan los calces normalizadores del presente?